

¿Hay lugar para la fe en la universidad de hoy? Reflexiones desde la *evangelii gaudium*

HERNÁN DARÍO CORREA GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Introducción

Como marco de nuestra reflexión nos reúne la pregunta por el lugar y misión de las humanidades en la sociedad de los años venideros. Académicamente se debate el estatuto epistemológico de las mismas: ¿son ciencia?, ¿brindan un conocimiento científico de la realidad?, ¿en qué sentido?, ¿cuáles son sus logros?, ¿cuál es su función en relación con los demás saberes?, ¿son realmente necesarias?

Esto mientras asistimos a un triunfo de las ciencias exactas, de la mentalidad y logros del paradigma tecnológico. Un triunfo en gran medida hipotecado ideológicamente al capitalismo neoliberal, hegemónico, que patrocina y a veces fuerza la academia para que gire en torno a los intereses del mercado. Es el momento del saber factible, cuantificable en términos monetarios, bajo la premisa que es el tipo de conocimiento que realmente contribuye al progreso y desarrollo de las sociedades. Así lo sintetiza Ratzinger (2011):

Vivimos en un tiempo de grandes y rápidas transformaciones, que se reflejan también en la vida universitaria: la cultura humanista parece afectada por un deterioro progresivo, mientras se pone el acento en las disciplinas llamadas «productivas», de ámbito tecnológico y económico; hay una tendencia a reducir el horizonte humano al nivel de lo que es mensurable, a eliminar del

saber sistemático y crítico la cuestión fundamental del sentido. (Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a la comunidad de la universidad católica del Sagrado Corazón).

Es así como se multiplica el fenómeno de las universidades profesionalizantes, cada vez más centradas en los saberes técnicos, administrativos y contables, con estándares y metodologías propios de las ciencias matemático-científicas. Los alumnos abocados masivamente a este tipo de carreras, las humanidades debilitadas: por un lado, obligadas a presentarse bajo el ropaje de las ciencias exactas (en su lenguaje, metodología, objetivos...) en una suerte de alienación de su naturaleza. Por otro lado, —y a pesar del esfuerzo por encajar en el molde—, cada vez más consideradas como superfluas, sin un propósito real, ya que no ofrecen un producto medible, visible y sobre todo rentable.

Ni qué decir de las apuestas educativas por parte de los estados, y los presupuestos destinados a la investigación, que en la práctica también son influenciados por las exigencias del mercado y la industria, bajo la tutela del sistema económico reinante.

Se trata de un auténtico suicidio por parte de las pretendidas sociedades democráticas. Así lo considera Nussbaum (2011):

Sedientos de dinero, los Estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando sin advertirlo ciertas aptitudes que son necesarias para mantener viva la democracia. Si esta tendencia se prolonga, las naciones del mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitaristas, en lugar de ciudadanos cabales con capacidad de pensar por sí mismos, poseer una mirada crítica sobre las tradiciones y comprender la importancia de los logros y los sufrimientos ajenos (p. 20).

Si este es el panorama de las humanidades en la academia, más dramática todavía resulta ser la situación de la teología, —y por ende de la fe—, que, incluso dentro de las humanidades es vista con recelo. Precisamente en el momento en que éstas últimas realizan su mayor esfuerzo por alcanzar los estándares de las ciencias exactas, para lograr ser aceptadas

como conocimiento válido y no terminar relegadas, más incómoda se hace la presencia de la teología entre ellas, como un saber que se ocupa de un objeto mucho más improductivo para el tipo de realidad dictaminado por la razón técnico-científica.

Por lo tanto, a la teología se le impondría un doble esfuerzo: justificar la fe ante las humanidades y también ante las ciencias exactas.

Con lo dicho hemos tratado de poner en contexto nuestra reflexión, que se pregunta particularmente por la fe en la universidad de hoy, tomando como punto de llegada la propuesta del Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, en tanto que reúne mucho de las reflexiones y propuestas previas; y como punto de partida, en cuanto que invita la Iglesia a una nueva etapa evangelizadora, proceso totalmente pertinente y aplicable para repensar el lugar de la fe en la universidad, sea confesional o no.

Sobre la cuestión general: el porvenir de las humanidades, —que además implica un intento de lectura de la nueva época emergente—, tenemos que admitir que el resultado es difícil de predecir. Se trata de un futuro que depende de tantos factores, que ni siquiera la universidad como gran termómetro y centro cultural, puede vislumbrar con claridad. Sin embargo, fiel a su naturaleza e historia, la universidad en cuanto buscadora de la verdad recurre a un método que le es propio: el diálogo.

Repensando la razón y la fe

Para que el diálogo sea posible y se propicien las condiciones de las que surja una nueva síntesis cultural en favor del hombre, es indispensable salir de las posiciones cerradas y absolutas, tanto en el campo de la razón como de la fe. Para la universidad católica implica “una nueva manera de pensar que abandone los moldes prefabricados que nos hacen permanecer en el fundamentalismo tradicionalista encerrado en sí mismo, así como los que nos abocan al fundamentalismo secularista, cientificista y laicista” (Ceballos, 2013, p. 9).

Es así como se impone una necesaria autocrítica de parte y parte. La propuesta viene siendo rescatar la razón reducida a saber-factible, a las humanidades alienadas en su naturaleza, y a la fe de tendencias fundamentalistas. Para Arboleda (2013):

El problema hoy no es la crisis fe-razón, sino más bien la crisis que hay, por una parte, entre la razón y la actual concepción de ella, y por otra parte, entre la fe y el conceptualismo de la fe. La relación fe-razón es mutuamente constructiva porque se puede ver cómo la fe no es absurda ni la razón es única (p. 224).

Una de las propuestas en el campo teológico ha sido la de Ratzinger-Benedicto XVI, ya visible desde su *Introducción al Cristianismo* (1968), quien ha sugerido en diversos textos que, desde la universidad, y desde las mismas ciencias, se cuestione la pretensión de la razón como saber-factible definidor y delimitador de la realidad. Hace una constante llamada a una racionalidad amplia, que busca la verdad completa, que está abierta a la pregunta por el sentido. En el caso de la justificación epistemológica de la fe, —y válido en general para las humanidades—, evidenciar que la razón reducida saber-factible no responde (ni puede responder) al campo de los problemas fundamentales humanos, entre los cuales destaca el del sentido, sin el cual, no sería posible labor de ciencia alguna, ni la vida y el propósito de los mismos hombres de ciencia. Por el contrario: “La fe no está subordinada a lo factible ni a lo hecho, aunque con ambos tenga algo que ver, sino al campo de las grandes decisiones a cuya responsabilidad no puede sustraerse el hombre” (Ratzinger, 1994, p. 50).

Este camino ha sido retomado desde diversos ámbitos académicos. Así, por ejemplo, la Universidad Francisco de Vitoria (2016) se plantea como uno de los puntos de su metodología para realizar su idea de universidad:

Ensanchar la razón supone superar el esquema racionalista donde la razón solo habla a la razón desde la razón. Es necesario apelar de manera integradora también a la voluntad, a la libertad, a la afectividad, a la corporeidad del hombre, a su dimensión comunitaria, cultural, histórica, a su apertura a la trascendencia. Porque las preguntas últimas no son solo de la razón sino del hombre todo, hay que hablar a la inteligencia sentiente

—en términos zubirianos— pero también —y quizás cada vez más, por el momento en el que estamos— a la afectividad inteligente. Hay que hablar a la persona acerca de la comunidad y a la comunidad acerca de la persona. Solo así nuestra formación podrá ser integral e integradora. Sólo así el aprendizaje será experiencia integral e integradora.

En nuestro ámbito local, ahondado sobre esta misma línea, Castrillón y Arboleda (2013) han planteado como nuevas perspectivas para la universidad de hoy el post-humanismo del amor, lo uno-diverso formador de comunidad, y el carácter emancipador-liberador. Y particularmente para la universidad católica han hablado de dos características que son irrenunciables: la experiencia del acontecimiento de Dios y la ética que surge de dicha experiencia. Pero precisamente la propuesta busca salir del encasillamiento y dar un paso más allá.

Por otro lado, a la fe también le corresponde dejar de lado la actitud defensiva y pesimista con respecto a la secularización, modernidad o postmodernidad, y todo lo que se le atribuye real o imaginariamente. López Quintas (1988) señala: “La nueva época, si ha de ser tal, debe asumir creadoramente los mejores logros de la anterior —la Edad Moderna— y orientar las energías humanas por vías todavía más fecundas”. Esto ayudará a evitar una iglesia-teología-fe apocalíptica, cerrada sobre sí misma y obsesionada con su auto preservación. Más bien apostar por lo más vital de la fe, lo esencial en cuanto propuesta de sentido y trascendencia. Algo más acorde con lo que el mundo espera y más auténtico con respecto al Dios como revelación y acontecimiento. Es precisamente el espíritu de la *Evangelii Gaudium*:

Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. A cincuenta años del Concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad (p. 84).

De lado y lado el gran temor parece ser el perder el poder y el control sobre la realidad (eterna utopía). La razón técnico-científica parece disfrutar sin preocupaciones de su triunfo cultural, cada vez más institucionalizado y

omnipresente, sin tener en cuenta la gran factura que en términos humanos viene pagando. Las terribles contradicciones y consecuencias en términos sociales, políticos, económicos, en la pérdida concreta de vidas humanas y de humanidad por parte de los vivos, se van incrementando. La humanidad comienza a padecer una profunda experiencia de vacío y sin sentido que ni los más sofisticados artificios tecnológicos logran colmar.

También a la fe-teología-iglesia, —y análogamente a las humanidades—, les duele haber perdido la autoridad y el prestigio del que gozaban en otro momento histórico. En el caso de la institución eclesial, parece ser que el no ser escuchada y obedecida como antes le afecta especialmente. En muchos sectores se observa una reacción apologética y defensiva, aferrándose a espacios, modos y estilos, más que una disposición para el diálogo y la renovación.

Tiempos de cambio

Consideremos ahora que ambas realidades: la de la razón y la de la fe, se circunscriben al contexto del gran cambio de paradigma cultural que estamos viviendo. El fin de una era y el comienzo de otra. Al respecto Marko I. Rupnik (2016), usando una simbología cósmica, señala que el preciso momento que vivimos es de especial inestabilidad: “El crepúsculo es el momento más difícil. Una cultura se hace débil, la otra todavía no ha surgido, la vieja no quiere morir y la nueva quiere espacio”. Esto explicaría las grandes tentaciones de desviación que hemos descrito, tanto desde la óptica de razón como desde la fe. Mientras no surja una nueva síntesis, una nueva cultura, una nueva era, la lucha y la confusión se prolongarán.

Desde Lyotard (1979) *La condición posmoderna*, se popularizó el término de postmodernidad para describir este periodo histórico en el que nos encontramos. Sin embargo, dicho concepto ha sido criticado por su carácter de negación y vacío de sentido, por ello Lipotvesky (2006) propone ahora el uso de hipermodernidad, en cuanto una sociedad que extrema muchos de los rasgos ya presentes en la modernidad, pero sin establecer una total ruptura: “Hipercapitalismo, hiperclase, hiperpotencia, hiperterrorismo,

hiperindividualismo, hipermercado, hiper texto, ¿habrá algo que no sea “hiper”? ¿Habrá algo que no revele una modernidad elevada a la enésima potencia?” (p. 55).

En todo caso, los diversos diagnósticos concuerdan en una nueva sociedad, en un nuevo contexto cultural al que, —en cierto sentido—, es necesario adelantarse, superando visiones catastróficas, y más bien intentando captar dentro de su complejidad sus posibilidades y las posibilidades de realización de un nuevo humanismo desde el repensar razón y fe como en las propuestas que antes hemos mencionado.

Ciertamente, pensando en futuro, se trata de un fenómeno tan inabarcable como irreversible. No dependerá de un solo factor, no se realizará ni siquiera por el triunfo de una posición sobre la otra. Por lo tanto: ¿cuál será el papel de la universidad, de las humanidades y de la fe, ante esta cultura emergente? Con este cuestionamiento de fondo: ¿Cuál será el lugar y función para la fe en la universidad de hoy? La *Evangelii Gaudium* nos puede iluminar al respecto.

El papa Francisco

Ante nuestros ojos aparece una figura concreta, “una voz que clama en el desierto”¹, y que tiene mucho que decir acerca de lo que venimos reflexionando. Se trata del Papa Francisco y su *Evangelii Gaudium*. Una propuesta suficientemente amplia y flexible, que no pretende definir, delimitar, controlar. Por el contrario, llama a la alegría, a la experiencia del encuentro, al salir de sí mismos, a recorrer los caminos del sentido y del amor, a ir al corazón del evangelio.

Para muy buena parte de la eclesialidad y del mundo es una propuesta difícil de asimilar. No solo tal o cual escrito, sino el papado y la figura misma de Francisco, con sus gestos, dichos, lo que hace y lo que no hace, y sobre

todo la actitud que invita a vivir. Su posición lo ha colocado en el centro de la atención. De allí la alusión a la figura del último profeta y la terrible conmoción que provocó su aparición.

El punto que nos parece importante destacar, que tiene que ver con el futuro de las humanidades y el lugar de la fe en la universidad de hoy, y que trataremos de evidenciar en la *Evangelii Gaudium*, es la capacidad de la propuesta de Francisco para captar la “sensibilidad cultural” de nuestro tiempo en algunos de sus aspectos, y sobre todo del “tiempo por venir”, de la nueva cultura emergente. Es una especie de adelanto y propuesta al nuevo paradigma que está surgiendo, lo cual no rompe con varias de las propuestas e intuiciones que se vienen teniendo desde el ámbito filosófico y teológico. En cierto sentido las reúne y les da una plataforma de realización práctica, pastoral desde el punto de vista eclesial, cultural desde el punto de vista académico. Es así como se abre una nueva posibilidad para comprender y vivir la fe en el ámbito universitario que es el tema que nos atañe.

Los límites de la exposición nos impiden hacer un análisis sistemático o exhaustivo del documento. Presentaremos algunos de sus puntos en la medida en que iluminan la presencia y posibilidad de la fe en el contexto universitario que hemos descrito antes. De esta manera queremos evidenciar la validez y oportunidad de la propuesta.

La alegría de la fe en la universidad

Fe existencial

Lo primero que hace Francisco es introducir la experiencia de fe apelando a una serie de categorías que dan sentido a la vida del creyente. La principal es la que da el título al documento: la alegría. Pero junto a ella están el encuentro, la donación, la novedad y la memoria (EG., pp. 1-13). Más que conceptos o ideas se trata de experiencias existenciales que surgen de la fe y que le otorgan validez.

La misma predicación ha de poseer la sensibilidad para captar estas experiencias: “la alegría de un reencuentro, las desilusiones, el miedo a la

1 Cf. Jn 1, 23.

soledad, la compasión por el dolor ajeno, la inseguridad ante el futuro, la preocupación por un ser querido, etc.” y no terminar en “responder preguntas que nadie se hace” (EG., p. 155).

También el *kerygma* o primer anuncio de la fe, en su sencillez, busca responder al anhelo de infinito de todo corazón humano, y por ello para Francisco debe tener ciertas características:

Que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena (EG., p. 165).

Esta presentación existencial de la fe se hace cada vez más necesaria para la universidad. Por un lado, le recuerda a la academia aquellas experiencias fundamentales del hombre, que no pueden ser reducidas, anuladas u olvidadas por ninguna de las áreas del saber, so riesgo de perder el rumbo sobre su propia razón de ser. Por otro lado, es una oportunidad para que la misma fe se desmarque de las etiquetas con que a veces es vista en la universidad, ya sea como mera doctrina, ritualismo o como moralismo.

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (EG., p. 7).

Comunicación de la fe

El lugar de la fe en la universidad también es un asunto de comunicación. El Papa Francisco insiste en repensar “el modo de comunicar el mensaje” para que este no quede reducido “a algunos de sus aspectos secundarios” (EG., p. 34). “Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética” (EG., p. 132).

Esta renovación es especialmente importante para la universidad en el ámbito de las distintas ciencias, donde, —como mencionamos anteriormente—, la fe muchas veces ha sido etiquetada y reducida a tal postulado doctrinal o moral, sin tener en cuenta la integralidad o coherencia de su mensaje. Dice Francisco que “conviene ser realistas y no dar por supuesto que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo” (EG., p. 34).

Es verdad que también en la universidad la fe tiene una mayor posibilidad de presentarse en su integralidad y coherencia interna, precisamente por la mayor exigencia intelectual que tiene de dar razón de sí.

Esta comunicación de la fe se circunscribe a los límites del lenguaje y de las circunstancias. Por ello el documento invita a tener una “constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad (y a la vez) reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio” (EG., p. 41) no teniendo miedo a revisarlas y cambiarlas.

En este sentido también la universidad le presta un servicio a la fe, ya que “Cuando algunas categorías de la razón y de las ciencias son acogidas en el anuncio del mensaje, esas mismas categorías se convierten en instrumentos de evangelización; es el agua convertida en vino” (EG., p. 132).

Fe que promueve una cultura del encuentro

En su análisis sobre la realidad presente, una de principales amenazas o peligros que señala el documento es la crisis del compromiso comunitario, que se evidencia en muchos campos de la vida social: una economía de la exclusión, una nueva idolatría del dinero, un dinero que gobierna en lugar de servir, una inequidad que genera violencia; y en diversos desafíos culturales: ataques a la libertad religiosa, una difusa indiferencia relativista, alienación a causa del proceso de globalización, surgimiento de movimientos religiosos fundamentalistas, reducción de la fe al ámbito privado, etc.

Estas situaciones no son ajenas a la universidad, sino que le atañen directamente. Las ciencias sociales, políticas, económicas, administrativas, etc., no pueden cerrar los ojos ante las evidentes contradicciones de un sistema muchas veces sustentado desde las aulas. En este sentido la fe se torna profética y recuerda a la ciencia la irrenunciable dimensión ética y moral de su labor.

Sin embargo, para Francisco, la propuesta positiva de la fe ante la crisis del compromiso comunitario es crear nuevamente una cultura del encuentro: “La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás” (EG., p. 10).

La fe y la universidad pueden ser perfectas aliadas para buscar generar esta nueva cultura del encuentro: “los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos mutuamente a llevar las cargas” (EG., p. 67), “El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo” (EG., p. 88).

Ante los inmensos desarrollos de los instrumentos de comunicación y las redes sociales, el reto está en “descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad” (EG., p. 87).

Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno (EG., p. 92).

La universidad es campo propicio para la realización de este ideal. Por su propia naturaleza ella es universal, pluricultural, lugar del diálogo y del encuentro, centro cultural, comunidad. Es además una oportunidad enorme para ir superando la fragmentación del saber, y esto de forma muy artesanal, en esa convivencia del día a día, en el encuentro cara a cara.

Fe y compromiso social

La universidad y la fe comparten el compromiso social sin el cual mutilarían un aspecto fundamental de su misión y razón de ser. El Papa Francisco invita a explicitar esta dimensión social de la evangelización (cf. EG., p. 176), que no siempre es asumida dentro de una visión integral del anuncio. Algo similar ocurre con la universidad, que por momentos parece desentenderse de algunas problemáticas sociales, como si no fueran de su incumbencia: “Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Esta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales” (EG., p. 201).

El Papa se centra en dos grandes cuestiones que le parecen fundamentales en este momento de la historia (EG., p. 185): La inclusión social de los pobres, y la paz y el diálogo social.

La fe le cuestiona a la sociedad, a la universidad, y a la misma iglesia por la impostergable atención a los pobres: “los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc.” (EG., p. 210). Particularmente la universidad tiene la responsabilidad de indagar por las causas estructurales de dicha inequidad, incluyendo una autocrítica al mismo sistema académico, ya que no pocas veces pierde su carácter emancipador y se convierte en herramienta para mantener el *statu quo* de la inequidad:

Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales (EG., p. 202).

La propuesta que hace la fe a la universidad hoy es “crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos” (EG., p. 188).

Una pregunta importante que debe hacerse la universidad es cómo entran los pobres en su proyecto y misión. De la universidad como escuela de humanidad tienen que surgir las iniciativas y darse los pasos para la inclusión social de los más necesitados y marginados.

Fe y diálogo

El Papa Francisco le da al diálogo un contexto desde la dimensión social de la misión de la Iglesia. Particularmente habla del diálogo social como contribución a la paz. Y presenta como especialmente relevantes en este tiempo tres campos: diálogo con el Estado, diálogo con la sociedad (que se realiza a través del diálogo con la cultura y la ciencia) y diálogo con otros creyentes o no creyentes. Por lo tanto, el camino del diálogo para Francisco no es solo una opción metodológica entre otras adquiere un carácter de responsabilidad social muy importante. Esto vale para la universidad y para la fe.

Por ello la fe en la universidad debe ser constante invitación a este diálogo. Francisco sabe que lo que aporta la fe: “va más allá de la razón humana, pero también tiene un significado que puede enriquecer a los que no creen e invita a la razón a ampliar sus perspectivas” (EG., p. 238). En este sentido, también denuncia: “el cientismo y el positivismo se rehúsan a «admitir como válidas las formas de conocimiento diversas de las propias de las ciencias positivas»” (EG., p. 242), invitando a que la apertura sea de parte y parte: “La fe no tiene miedo a la razón; al contrario, la busca y confía en ella, porque «la luz de la razón y la de la fe provienen ambas de Dios», y no pueden contradecirse entre sí” (EG., p. 242).

Conclusiones

Tanto las humanidades como la teología y la perspectiva de la fe tienen plena validez en la sociedad y en la universidad no solo de hoy sino sobre todo del mañana.

Sin embargo, es importante un proceso de auto crítica para reconocer aquellos aspectos que de parte de las humanidades o de la fe, no han estado en conexión o no han sabido corresponder a las características de la nueva cultura emergente.

Esto sin dejar de considerar que también las ciencias “exactas” están invitadas a no pretender el monopolio sobre la realidad y abrirse a la experiencia del sentido de lo humano sin el cual su propia labor se queda sin sustento.

La renovación de la fe en la universidad recibe de la *Evangelii Gaudium* una luz particular. Es invitación a una fe existencial, en conexión con las grandes decisiones humanas; es una fe comunicada integralmente desde el corazón del evangelio y renovada en su lenguaje para favorecer su comprensión; es una fe que propone a la universidad construir una nueva cultura de encuentro, que de primacía a las relaciones que enriquecen y engrandecen al ser humano; Es una fe de fuerte compromiso social, alentando constantemente a la inclusión de los más necesitados y a trabajar por el desarrollo y la paz social; Es una fe siempre en clave de diálogo, dando ejemplo de apertura e invitando a una razón abierta.

La propuesta de Francisco sin ser pretenciosa, sistemática o marcadamente teórica capta las exigencias prácticas y pastorales de la época cultural que se viene gestando, y ofrece algunas claves y caminos para la renovación de lo humano y por lo mismo de la fe, en el contexto de las nuevas sociedades y de la misma universidad.

Referencias

- Arboleda, C. (2013). Universidad católica y mundo secularizado. En Castrillón (ed.), *La universidad por hacer* (pp. 220-228). Medellín: Editorial UPB.
- Castrillón, L., & Arboleda, C. (2013). Universidad, poshumanismo y sentido. Perspectivas de la universidad católica. En Castrillón (ed.), *La universidad por hacer* (pp. 163-182). Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Ceballos, J. (2013). Prólogo: Universidad, persona y cultura. En Castrillón (ed.), *La universidad por hacer* (pp. 7-12). Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Francisco, P. (2013): *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*. Lima: Paulinas.
- Lipotvesky, G. & Charles, S. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- López Quintas, A. (1988). *Romano Guardini y la auténtica postmodernidad*. Recuperado de <http://www.racmyp.es/R/racmyp//docs/anales/A66/A66-7.pdf>
- Nussbaum, M. (2011). *Sin fines de lucro*. Buenos Aires: Katz.
- Ratzinger / Benedicto XVI. (2011). *Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a la comunidad de la universidad católica del Sagrado Corazón*. Recuperado de https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20110521_sacro-cuore.html
- Ratzinger, J. (1994): *Introducción al Cristianismo*. Salamanca: Sígueme.
- Rupnik, M. (2016). *Nuevas formas de vida y pensamiento para una renovación cultural. Conferencia en el Instituto John Henry Newman – Universidad Francisco de Vitoria*. Recuperado de http://web.elsentidobuscaal hombre.com/v_portal/informacion/informacionver.asp?cod=1601&te=14&idage=2982&vap=0
- Universidad Francisco de Vitoria. (2016). *Nuestra Misión Hoy*. Recuperado de http://www.premiosrazonabierta.org/premios-razon-abierta/visor-ficheros/nuestra-mision_130_45_139_0_1_in.html

La educación liberal y el modelo de competencias en la universidad. Una mirada a partir de algunas ideas de Benedicto XVI

JUAN GUILLERMO DELGADO MARTÍNEZ
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE MANIZALES

Introducción

El tema que quisiera plantear es el de la teoría de las competencias en el contexto de la universidad contemporánea y su relación con la llamada educación liberal a partir de algún pensamiento del Papa emérito Benedicto XVI. En un primer momento, y dada la naturaleza de este ejercicio, presentaré *grosso modo* la teoría de las competencias, extrayendo algunas de sus implicaciones en relación con la naturaleza y fin de la institución universitaria. En un segundo momento, a partir principalmente de un discurso pronunciado por Benedicto XVI a jóvenes profesores universitarios en El Escorial, y a modo de comentarista de este, procuraré mostrar las dificultades para conciliar este modelo con el de la llamada educación liberal¹.

En el ámbito de la educación superior, la teoría de las competencias quiere favorecer el desarrollo de aquellas habilidades laborales que se requerirán a los futuros egresados. El peligro se encontraría en que las humanidades, entendidas como *Liberal Education*, no tienen mucho sentido

¹ Son muchos los discursos donde el Papa emérito Benedicto XVI se refiere a la cuestión de la universidad y su relación con las humanidades, pero dada la naturaleza de este ejercicio, solo podremos citar una par de ideas. Para un desarrollo más amplio consultar Cantos Aparicio, M. 2015.